

LEONARDO MARTÍNEZ CARRIZALES. *Tribunos letrados: Aproximaciones al orden de la cultura letrada en el México del siglo XIX*. Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2017.

Al analizar la configuración de las minorías culturales como protagonistas del proceso histórico mexicano, el libro describe y analiza la cultura letrada y el ethos retórico del siglo XIX, y ahonda propositivamente en una metodología inter y transdisciplinaria. Fincando su matriz analítica en la historia cultural, la historia intelectual, el análisis del discurso, los estudios sobre la prensa, la historiografía, entre otras especialidades disciplinares, el recorrido de estas páginas abarca un planteamiento sólidamente elaborado: los hombres de letras (literatos y rectores) durante el siglo XIX tienen un gradual proceso cultural de apropiación de la literatura (en un sentido más cercano al del siglo XVIII y relativo a lo escrito y lo estudioso), en tanto mecanismo constructivo de una serie de valores, instituciones, prácticas, cenáculos y agrupaciones que dotarán de fisonomía el debate público en México.

Ora desde una perspectiva revisionista, ora desde el comentario crítico, ora desde la exposición documental, Martínez Carrizales engloba una ruta de acceso al siglo XIX mexicano. Desde esta perspectiva fresca, considera la valoración de los *tribunos letrados* o los representantes —algunos de ellos— de esa cultura escrita embebida en la retórica y la poética de herencia española: neoclásica, primero, pero también clásica después. Así, hacen su aparición los personajes de ese universo letrado en cuya discusión convergen asuntos políticos, educativos, lingüísticos, estilísticos, poéticos, científicos, gramaticales, respecto a la conformación de un canon nacional. Andrés Quintana Roo, Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Vicente Riva Palacio, Porfirio Parra, Manuel Revilla y Pedro Henríquez Ureña representan los nodos solares de sistemas de personajes, redes intelectuales, elaboraciones discursivas y propuestas *literarias*, desde

las cuales el autor emprende su devenir académico, es decir, la reconstrucción de una forma de ser hombre de letras en el México del siglo XIX y hasta el Nuevo régimen posrevolucionario que define el siglo XX.

Con un lenguaje sobrio, crítico y sin excesiva erudición, el autor enfatiza, por ejemplo, los momentos críticos del positivismo y el auge de los postulados humanistas hacia el fin del Porfiriato, la importancia del género autobiográfico como una elaboración literaria de expansión de la personalidad y de ejecución de una técnica para la apropiación retórica y escrita, así como la dimensión de una propuesta de escritura científica. Desfilan por estas páginas, además, los institutos literarios que dotaron de fisonomía autónoma al proyecto de una literatura nacional: la Academia de Letrán, el Colegio de San Ildefonso, la Biblioteca Nacional y la Universidad Nacional de México. Se muestra una lógica transgeneracional en una interpretación que, sin negar la importancia del decurso de los hechos políticos, enfatiza las condiciones de estructuración, semantización y construcción del terreno de la cultura en general y de su dimensión escrita, letrada, en particular. El punto cronológico de partida es el grupo de hombres ilustrados vinculados y asociados en torno a las páginas del *Diario de México*, fundado en 1805.

Tomando en cuenta el ejercicio de formas periodísticas, comunicativas, poéticas y literarias por parte de los literatos decimonónicos, Martínez Carrizales advierte la construcción de una república literaria trasatlántica, vertebrada por el concepto de *buen gusto*. Este término, heredero del pensamiento ilustrado y de la crítica neoclásica, trasciende su dimensión estética y literaria, y se relaciona con la dimensión moral del buen ciudadano, del buen hacer, del buen pensar; se muestra en fin como una elaboración en la que los criollos mexicanos se adscriben a una corriente de pensamiento occidental, al tiempo que conforman una identidad mexicana particular. Por tanto, el *buen gusto* representa un conjunto axiológico, un principio, un objetivo paralelo a la independencia de los literatos y hombres de letras que lo ejercen en las páginas del *Diario* al iniciar el siglo XIX. Asimismo, insta un proceso de autonomía gradual de los núcleos intelectuales letrados, económicos y políticos del *antiguo*

*régimen* colonial hispánico y genera una identidad literaria mexicana. De esa forma, se construyen las bases de una cultura escrita y letrada, que parte del neoclasicismo hispánico y europeo para distanciarse de él y lograr armar un canon propio.

En un segundo momento, Martínez Carrizales analiza la función social de los hombres de letras como constituyentes del gusto y el estilo, como legisladores de la actividad escrita, que instauraron la Academia de Letrán en 1836: el primer centro institucional de la cultura letrada. Dentro de las reglamentaciones que los letrados instituyeron se encuentra la práctica del discurso público, con profundos fundamentos retóricos mediados por una actividad escrita, siempre como resultado de la combinación del agonismo de lo oral y lo permanente de la escritura. Ahí es donde la pragmática gramatical y literaria esbozada por Ignacio Ramírez cobra relevancia. Martínez Carrizales muestra los preceptos literarios propuestos por Ignacio Ramírez “el Nigromante” desde una perspectiva que analiza filológicamente, en la historia de lo escrito y cultural, el ethos literario en relación con los postulados científicos y normativos, con lo que identifica con Marc Fumaroli como la edad de la elocuencia y opuesta a la edad de la ciencia. De Ignacio Ramírez, el autor presenta además, y desde la misma perspectiva, sus postulados teórico-literarios fragmentarios, su principal quehacer como crítico literario más que como maestro, así como las dotes de su actividad periodística como ejemplo de esta legislación de lo escrito y del tribunal retórico público.

Desde el punto anterior, Carrizales retoma ejemplos concretos de hombres de letras mexicanos decimonónicos para comenzar su argumentación respecto a esta república de las letras mexicana con rasgos trasatlánticos. El autor asume a Guillermo Prieto, desde su nivel autobiográfico, como el principal representante de esta cultura letrada. En su análisis, Martínez Carrizales indaga en la autobiografía del liberal mexicano, imponiendo una labor interpretativa de sus *Memorias* editadas póstumamente. En el perfil biográfico de Prieto, Martínez identifica la peculiaridad de un relato expandido, extendido a la sociedad y a las instancias que cifraron su devenir vital. Así, uno de los pasajes analizados que cobra mayor relevancia es el de la

infancia de Prieto, que describe sus condiciones sociales, parentales y económicas, hasta su orfandad. Esta última condujo a Prieto al cenáculo y protección de Quintana Roo, quien lo adoptó como hijo y lo adscribió a su círculo social, literario y político. Para Martínez Carrizales el régimen de historicidad presente en la biografía de Prieto es rico en matices y elementos característicos de una época cultural y letrada en México.

Otro de los estudios concretos que presenta el libro es el de Vicente Riva Palacio. A partir del análisis de *Los cerros*, obra del periodista, militar y escritor mexicano del diecinueve, Martínez Carrizales presenta los principales rasgos de esta, que conforman un conjunto de caracteres sociales y un ejercicio particular dentro de la literatura mexicana del momento. Así, Riva Palacio, representa un autor a considerar pese a su maligna interpretación por autores como Alfonso Reyes o por la crítica literaria tradicional, que lo recluye a un rincón dentro del panteón cultural y literario mexicano. Martínez muestra las formas en que *Los cerros* ostenta una condición literaria única, peculiar y de alto valor para comprender las dinámicas, el funcionamiento y las prácticas de operación, pero también el *modus vivendi* al interior de la república literaria mexicana. Esto es que en *Los cerros* de Riva Palacio hay una sociedad textualizada: se trata de una galería de personalidades del siglo XIX, de estos hombres letrados que dirimen sus querellas mediante la palabra —escrita u oral—.

En tercer lugar, Martínez retoma *Ariel* del uruguayo José Enrique Rodó, publicada por iniciativa del mexicano Porfirio Parra, director de la Escuela Nacional Preparatoria, al comenzar el siglo XX. Parra representó, en el momento finisecular, uno de los últimos vestigios del positivismo mexicano del siglo XIX, herencia del pensamiento y acción de Gabino Barreda, profundamente anclado en la institución educativa que tenía por fin educar, instruir y conducir a la juventud mexicana que dirigiría el curso del país. De ahí la importancia de la edición del *Ariel* por parte de Parra como una muestra de su interés en las novedades editoriales y las nuevas posturas que, críticas del positivismo, ampliaban el horizonte educativo e institucional previo a la Revolución mexicana. Así, Martínez ahonda en la

relación entre Rodó y Parra en un momento decisivo para el devenir de las letras y la cultura escrita nacional, en el punto en el cual se detecta la ruptura generacional entre los intelectuales del régimen porfirista y los de nuevo cuño presentes en el Ateneo de la juventud. De este giro da cuenta la publicación del Ariel de Rodó, que analiza Martínez, por parte de Porfirio Parra en el Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria en 1908.

Otro análisis concreto rescata la preceptiva literaria que Manuel Gustavo Revilla pregona desde su cátedra en la Escuela Nacional Preparatoria. Revilla es defensor de la preceptiva literaria neoclásica, que se remonta a José González de Hermosillo, para enaltecer el valor de la crítica como fundamento constructivo del pensamiento, del estilo, del gusto y de la valoración literarias. Revilla se alza contra los reformadores del plan de estudios de la Escuela Nacional Preparatoria, en una franca disputa entre la vieja y la nueva escuelas. Pero al final, no denuncia o desiste de un humanismo amplio, aunque menos tradicional de lo que parece, nos dice Martínez, y así su cátedra, su enseñanza y su método son un vestigio claro de las transformaciones de la cultura letrada. Además, como miembro de la Academia Mexicana de la Lengua en un momento crítico, Revilla está más directamente asociado a las fuerzas conservadoras de la sociedad en el punto de quiebre político de la Revolución mexicana de 1910. La querrela entonces entre distintas instituciones y proyectos educativos, *tout court* entre el humanismo de Justo Sierra y los últimos bastiones positivistas y del régimen porfiriano, inscribe a Revilla en una generación de académicos que defienden la pragmática literaria y gramatical para el buen uso de la razón y del ejercicio crítico del pensamiento, pero no la procedente de España, sino la enraizada en un canon mexicano ya defendido desde la Academia Mexicana de la Lengua.

Finalmente, Martínez Carrizales retoma el ejemplo de Pedro Henríquez Ureña, como representante de la nueva generación de literatos y letrados en el México posrevolucionario. En esa medida, el programa de trabajo de este último representa un esfuerzo filológico, histórico y cultural donde se enfatiza la modernidad española del siglo XVI como raigambre común de la cultura hispanoamericana-

na. En este postulado, el siglo de oro de la literatura española es una referencia y herencia común en el orbe trasatlántico y los estudios literarios del renacimiento español emprendidos por Henríquez Ureña. Estos, aunque fragmentarios, representan el esfuerzo por dotar de identidad colectiva y cultural al orbe hispanoamericano. Su búsqueda queda fraguada en el regeneracionismo, donde Martínez ubica el pensamiento de Henríquez con base en obras como *En la orilla, mi España* (1922), *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928), *Plenitud de España* (1940), hasta conseguir sus modelos historiográficos finales en *Las corrientes literarias de la América hispánica* e *Historia de la cultura en la América Hispánica*. De ahí la relevancia que tiene para este estudio la relación de Henríquez Ureña con Rafael de Altamira, historiador y periodista español, pero también con Santo Domingo o con Argentina y Uruguay y algunos de sus intelectuales, en una escenografía que parte de lo finisecular y se adentra en el siglo XX. De esta forma la república literaria trasatlántica, que describe Martínez Carrizales, está permeada por un incesante fluir de informaciones, correspondencias y comunicaciones entre los hombres de letras, pero también se inserta en una matriz cultural hispánica profunda que trasciende la interpretación de las rupturas políticas entre España y sus colonias al iniciar el siglo XIX, reelaborando las relaciones españolas con Hispanoamérica en pleno siglo XX y después de la catástrofe de 1898.

Finalmente, el trabajo de Martínez Carrizales es importante para restablecer rutas de interpretación del siglo XIX mexicano desde una perspectiva que selecciona y agudiza, primero, el problema de lo cultural, y segundo, de lo literario en un sentido amplio, como parte de una nueva versión, una recolocación de las rutas de acceso a los hechos histórico-literarios decimonónicos: la proliferación de publicaciones periódicas como el *Diario de México*, las obras y autores representativos, los modelos teórico-literarios, el funcionamiento de los dispositivos retóricos públicos, entre otros. Así, los *Tribunos letrados*, en su composición orgánica, fueron especialistas de la palabra escrita y oral, desde un horizonte cultural de amplios conocimientos retóricos, poéticos y gramaticales, asociados, además, a la vida política y periodística mexicana dentro de un fuerte componente

formativo, educativo y de profesionalización de lo escrito, lo oral y los oficios intelectuales y literarios. Esta educación, formación y profesionalización letrada estuvo dirigida a los grupos minoritarios que lograron acceder a las instituciones educativas donde se formaba a los intelectuales, a los políticos, a los constructores de la nación mexicana durante el primer siglo de vida independiente. Por lo anterior, el libro es una muestra clara de las potencias académicas de la historia cultural e intelectual y de la recomposición, a partir de lugares comunes, de una historiografía de la cultura y la literatura mexicana del siglo XIX.

Rómulo Pardo Urías